4321

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

EL ESPAÑOLETO

Episodio lírico en un acto y dos cuadros y en verso

ORIGINAL DE

RICARDO VICENTE DEL REY

música del maestro

JOSÉ MARÍA ALVIRA

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1894

EL ESPAÑOLETO

Episodio lírico en un acto y dos cuadros y en verso

ORIGINAL DE

RICARDO VICENTE DEL REY

música del maestro

JOSÉ MARÍA ALVIRA

Estrenado en el TEATRO ESLAVA, la noche del 12 de Octubre de 1894.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1894

PERSONAJES		ACTORES
JOSÉ RIBERA.....	SRTA.	ISABEL BRÚ.
ANGELINA.....	»	JOSEFA BRÚ.
MARIETA, (dueña)	SRA.	AMALIA SABATER.
EL SARGENTO SANGRÍA.....	SR.	BONIFACIO PINEDO.
PIETRO.....	»	DANIEL BANQUELLS.
EL CONDE.....	»	VALENTÍN GARCÍA.
PIPINO.....	»	MIGUEL TORMO.
MOZA 1.ª.....	SRTA.	ANTONIA ESPINOSA.

Caballeros, Soldados, Mozos y Mozas.
Coro general.

La escena en Nápoles á fines del siglo XVII.

Derecha é izquierda las del espectador.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

La escena figura una parte de la playa Mergelina, en Nápoles. A la derecha, segundo término, una casa, con un cobertizo sostenido por dos pies derechos, que arranca de la parte superior de la puerta de entrada. Debajo del cobertizo, una mesa y un banco. Algunas redes de pescar colgadas. En primer término derecha, así como á la izquierda, playa; al fondo el mar. Al levantarse el telón, aparecen el Sargento Sangría, Soldados y Mozas. La puerta de la casa está cerrada.

ESCENA PRIMERA

SANGRÍA; SOLDADOS y MOZAS

MUSICA

SOLDS. ¡Viva el donaire
de la doncella!
MOZAS. ¡Viva el gracejo
del militar!
SOLDS. ¡Vivan las mozas
que tienen gracia!
MOZAS. ¡Vivan los mozos
que tienen sal!

—

674454

SOLDS. Vente conmigo
de cantinera,
que de mi tercio
reina serás;
y yo jurando
fiel tu bandera,
por esos ojos
me haré matar.

MOZAS. ¡Ay, Dios, qué pena
si por mi causa
perdiera un bravo
su Magestad.
¡Ay, Dios, qué pena!
¡Ay, ay, ay, ay!

—

SOLDS. ¡Viva el donaire
de la doncella!

MOZAS. ¡Viva el gracejo
del militar!

SOLDS. ¡Vivan las mozas
que tienen gracia!

MOZAS. ¡Vivan los mozos
que tienen sal!

SANGRIA. (Dirigiéndose hacia la casa.)
Ea, muchachos,
de esta bodega
es necesario
forzar la puerta.
¡Pipino! (Golpeando la puerta y llamando.)

PIPINO. (Desde dentro.) ¡Manden!

SANGRIA. *Per la Madona,*
que ya tenemos
seca la boca.
Abre, ó te juro
por mi tizona,
que arde tu casa
como una estopa.

(Abrese la puerta y aparece Pipino con una porción de vasos en una bandeja y un jarro.)

ESCENA II

DICHOS y PIPINO

PIPINO. Beban usarcedes cuanto
tengan de ello menester.
(Echa vino del jarro en los vasos. Los Soldados beben.)
SOLDS. ¡Bravo! ¡Mozas, vaya un vino!
MOZAS. Dios nos libre de beber.
SOLDS. ¡Vaya un traguito!
MOZAS. ¡No puede ser!
SOLDS. Si lo pruebas un poquito,
luego á miel me va á saber.
MOZAS. Luego á miel le va á saber.
(Cada Soldado á una Moza. Las Mozas luego se dirigen á Sangría, que permanece junto á Pipino bebiendo vino.)
MOZAS. Señor Sargento,
¡venga una copla!
SANGRIA. Si me la piden
las buenas mozas,
yo á sus deseos
nunca resisto.
Conque, muchachas,
prestad oído.

—

Van marchando los soldados
de las cajas al compás,
y las niñas quedan tristes
sin poderlo remediar.
Que el soldado que á la guerra
por el Rey va á pelear,
siempre lleva de una niña
el recuerdo... ó algo más.
Porque hay soldados
que entienden más,
que de hacer guardias,
de enamorar.
¡Viva la vida
del militar,
y la alegría

del rataplán!
TODOS. Porque hay soldados
que entienden más... etc., etc.

—

SANGRIA. No os fiéis, niñas bonitas,
del amor del militar,
que hace guerra de emboscada
y en acecho siempre está.
Y en cuanto ve al enemigo
en su campo penetrar,
le aprisiona sin remedio
y ni el «¡quién vive!» le da.
Porque hay soldados
que entienden más... etc., etc.
TODOS. Porque hay soldados
que entienden más... etc., etc.

—

HABLADO

MOZA 1.ª ¡Retebién, señor Sargento!
SANGRIA. ¡Retegracias, mi princesa!
¡Bendita sea la planta
que dió esa flor hechicera;
bendita sea la concha
que encerró tan rica perla,
y hasta la sal que te dieron
al bautizarte en la iglesia!
MOZA 1.ª ¡Pues no echa más bendiciones
un obispo!
SANGRIA. ¡Así lo fuera!
MOZA 1.ª ¿Con esos bigotes?
SANGRIA. Oye,
con estos bigotes, prenda...
tengo el corazón más blando
que el arrope y la jalea;
y en mirando unos ojillos
como esos... (Va á abrazarla; ella huye.)
MOZA 1.ª Las manos quietas,
que no soy yo campanilla
de sacristía.
SANGRIA. (Persiguiéndola.) ¡Tontuela,

si ya sé que estás deseando
que yo los brazos te tienda!

SOLDS. (Con algazara.) ¡Bravo!

MOZA 1.ª (Escapando de Sangría, y saliendo por la derecha.)
¡A la ermita!

MOZAS. (Siguiéndola.) ¡A la ermita!

SOLDS. Y nosotros, detrás de ellas.

SANGRIA. Pues buen viaje, y divertirse,
y... sacar lo que se pueda.
(Salen Mozas y Soldados, confundidos unos con otros, con gran animación.)

ESCENA III

SANGRÍA y PIPINO

PIPINO. ¿Os quedáis?

SANGRIA. Todo es no más,
Pipino, cuestión de lengua.
Soy de costumbres tranquilas,
y aunque mentira parezca,
prefiero, á una moza, un vaso
del vino de tu bodega.

PIPINO. Y que no se bebe igual
desde Prócida á Caprera.
Allá va, pues, seor Sargento.
(Se dirige á la mesa de debajo del cobertizo, sobre la cual ha dejado el jarro y los vasos, y echa más vino.)

SANGRIA. Venga, que los de mi tierra
no vuelven nunca la espalda
al vino, ni á la pelea. (Bebe.)
Oye: ¿y qué santo ó qué santa
es la que aquí se festeja?

PIPINO. Lo ignoráis, y no es extraño,
porque no sois de esta tierra.
Mas sabed que de la playa
Mergelina, la más bella
de cuantas playas las olas
del mar Tirreno golpean,
es hoy la fiesta, y no habrá
persona, grande ó pequeña

de Nápoles, que no baje,
con devoción ó sin ella,
á rezar á la Madona
que en ese altar se venera.
(Señala hacia la derecha.)

SANGRIA. Vamos, una romería
que se dice por mi tierra;
está comprendido. Y díme:
hablando, si no es reserva
de cosa distinta, dicen,
y lo digo cual lo cuentan,
que há pocos días salvaste
á un mozo que de cabeza
tiróse al mar.

PIPINO. Y no miente
la gente que lo comenta.

SANGRIA. ¿Y quién es ese infeliz?

PIPINO. Un paisano vuestro.

SANGRIA. ¡Aprieta!
¿De dónde?

PIPINO. Si no me engaña,
de por allá de Valencia.

SANGRIA. ¿Y por qué hizo tal locura?

PIPINO. Eso corre de su cuenta;
pues ni él lo ha dicho, ni yo
me meto en camisa ajena,
ni sé si aquel arrebato
fué cuestión de hombres ó de hembras.
Ví que se arrojaba al mar,
y como estaba allí cerca,
me eché tras él, y logré
recogerle.

SANGRIA. ¡Buena pesca!

PIPINO. Desde entonces, en mi casa
tiene lecho y mesa puesta;
y está á mi lado tranquilo,
y de mi acción no me pesa.

SANGRIA. Tú sabrás como se llama...

PIPINO. No he intentado siquiera
preguntarlo, por si hacerlo,
podía ser imprudencia;
sólo sé que es casi un niño,

y que por más que padezca
desdichas, es decidor
y algo alegre, por más señas.

SANGRIA. ¿Y en qué se ocupa?

PIPINO. En la cosa
más extraña que pudiérais
figuráros: en pintar.

SANGRIA. ¿En pintar?

PIPINO. Todas las puertas
de mi casa, y las paredes,
y los bancos, y las mesas,
están llenos de figuras.
En cuanto viene, se sienta,
y á pintar; algunas veces
coge de la chimenea
un tizón, y figurón
en lo primero que encuentra.
En el tiempo que le tengo
conmigo, hasta la bodega
me ha llenado de figuras.
Y lo mejor de esta treta,
es que, desde hace unos días,
siempre pinta una cabeza.

SANGRIA. ¿Una cabeza? La suya
debe de andar descompuesta,
no lo dudes; ese es mal
que abunda por nuestra tierra.
Mas, ¿por qué, si es que acosado
por mala suerte se encuentra,
no implora la protección
del Virey ó la Vircina?

PIPINO. ¡Bah, bah! Para uno que pide,
seor Sargento, hay cien que niegan.
Además, es orgulloso.

SANGRIA. ¿Orgulloso? Mala prenda
de adorno para un vestido
cosido por la pobreza.
En cuanto yo le conozca,
y le hable una vez siquiera,
le alisto en mi compañía
y le hago jurar banderas.

PIPINO. (Después de mirar por la izquierda.)

¿En cuanto le conozcáis?
Pues bien pronto se presenta
la ocasión; ahí le tenéis.

SANGRIA. (Mirando á donde le indica Pipino.)
¡Cómo! ¿Es ese que se acerca
tan de prisa?

PIPINO. En cuerpo y alma.

SANGRIA. Pues algo que no son penas
se debe traer, por lo listo
y contento que se muestra.
(Aparece Ribera por la izquierda con cierta precipitación y aspecto risueño. Se dirige con gran desenvoltura á Pipino y á Sangría, según se indica.)

ESCENA IV

DICHOS y RIBERA

RIBERA. Pipino, dame un abrazo. (Le abraza.)

PIPINO. ¿Un abrazo? (Le abraza también.)

RIBERA. O los que quieras.
Y vos, estrechad mi mano;
(Alargando una mano á Sangría.)
que aunque es esta la primera
vez que os veo, en vuestro traje,
para honra vuestra, se ostentan
los gloriosos distintivos
de los tercios de mi tierra.

SANGRIA. (Estrechándole la mano.)
Choca fuerte. ¿Eres de España?

RIBERA. Y de Játiva, en Valencia.
En la tierra donde el sol
brilla siempre con más fuerza,
y donde Dios dejó copia
del paraiso en la tierra.

PIPINO. Oye, ¿y se puede saber
á qué vienen todas esas
alegrías?

RIBERA. Díme. ¿Es cierto
que hoy en Nápoles, no queda
persona grande ni chica
que á ese santuario no venga?

PIPINO. Como que es la romería
más famosa de esta tierra.
RIBERA. Pues abrázame otra vez,
que hoy de fijo voy á verla.
PIPINO. } ¡A verla! (Con extrañeza.)
SANGRIA }
RIBERA. Pipino, he sido
algo ingrato en mis reservas
contigo; pero perdona,
que yo te prometo enmienda,
y sabe, por fin, que estoy
loco, enamorado.
SANGRIA. ¡Aprieta!
RIBERA. ¡Más que mujer, es un ángel!
SANGRIA. (¡Ay, ay, ay, qué mal empieza!)
PIPINO. ¿Y dónde has dado con ese
ideal?
RIBERA. ¿Dónde? En la iglesia.
SANGRIA. ¡Buen sitio!
RIBERA. ¡Oid un instante,
y sabréis de qué manera!

MUSICA

RIBERA. Una mañana, después de aquella
en que hondo asilo negóme el mar,
fuíme yo á un templo, para pedirle
á la Madona, gracia y piedad.
De pronto, giro la vista en torno,
y arrodillada detrás de mí,
veo una joven, y mi alma duda
si es sér humano ó un querubín.
Mi sér se inunda con su belleza,
late con fuerza mi corazón;
y al contemplarla, comprendo el cielo,
y me imagino cerca de Dios.

—

SANGRIA. Menos mal si solamente
tal idea te asaltó.

—

RIBERA. Yo desde entonces todos los días
al toque lento de la oración,
con paso presto me dirigía
hacia el sagrado templo de Dios.
Y allí forjando mil ilusiones,
el alma ansiosa de amor y fe,
soñaba un cielo, donde mi amada,
era el supremo divino sér.

SANGRIA, PIPINO. Ese portento,
dínos quién es.

RIBERA. ¡Empeño vano,
pues no lo sé!

SANGRIA, PIPINO. ¿Nunca la hablaste
de tu pasión?

RIBERA. Nunca á su oído
llegó mi voz.

SANGRIA, PIPINO. Tímido fuiste,
¡voto á Caifás!

RIBERA. Y ya mi anhelo
vano será.

SANGRIA, PIPINO. Para quien ama
con tanta fe,
no hay imposibles
que hagan ceder.

—

RIBERA. Suerte siniestra
me arrebató,
la dicha aquella
sin compasión.
Ya en vano al templo
buscando voy,
el cielo amante
de mi ilusión.
Todo se encuentra
mudo á su voz,
y mi ángel bello
por siempre huyó.

—

SANGRIA, PIPINO. El pobre mozo desventurado
mira perdido su dulce amor,
y no comprende, que en estos lances,
es como puede salir mejor.

HABLADO

PIPINO. ¿Y nunca la has vuelto á ver?
RIBERA. Nunca, por más que á la iglesia
he ido buscando ansioso
sus desvanecidas huellas.
Por eso, mi buen Pipino,
al saber que hoy es la fiesta
de ese santuario, y que Nápoles
por venir á él se despuebla,
siento en mi alma renacer
esperanzas casi muertas,
y voz secreta me dice,
Pipino, que voy á verla.
SANGRIA. ¿Y dices que no la hablaste?...
RIBERA. ¡Jamás!
PIPINO. ¿Ni sabes siquiera
su nombre, ni dónde vive?
RIBERA. Tan sólo sé que es muy bella,
y que todas las mañanas
la acompañaba una dueña.
SANGRIA. ¿Dueña dijiste?... Empezáras
por esa grave advertencia,
y te evitáras presumo
quebraderos de cabeza.
RIBERA. No lo comprendo.
SANGRIA. Rapaz,
(Con expresión de superioridad.)
la dueña, al fin, se dió cuenta
de tu actitud, vió tu porte
y... te extendió la boleta.
RIBERA. (Algo herido.) Quien en cuestiones de amor
de tal modo siente y piensa,
no debe, señor Sargento,
pretender abrir escuela.
SANGRIA. Por ser compatriota mío,
nacido en la misma tierra,
te doy de balde, y no es poco,
lo que dióme la experiencia.
RIBERA. ¿Habéis amado quizás,
alguna vez?

SANGRIA. ¡Cuatrocientas!
Y siempre me he visto á punto
de colgarme de una cuerda.
Oye, rapaz, de mi amor,
en las campañas funestas:
una Sol, me dió tercianas;
una Remedios, jaquecas;
una Consuelo, pesares,
y una Virtudes, flaquezas.
Dejóme una Flor, herido;
desafinado, una Tecla;
inválido, una Victoria,
y una Rosario, con cuentas.
Y me la pegó una Pura,
y me engañó una Inocencia,
y me condenó una Gloria,
y me arruinó una Modesta.
Ve, pues, si tengo razón,
y qué tal será la empresa,
que en el sol se hallan tercianas,
en los remedios jaquecas,
en los consuelos pesares,
y en las virtudes, flaquezas.

PIPINO. ¡Já, já, já! ¡Tenéis humor! (Riendo.)

RIBERA. Quien sufre en amor jaquecas,
y pesares, y quebrantos,
y tercianas, y flaquezas,
es que ama, señor Sargento,
no más que con la cabeza.
Amad con el corazón
y no tendréis tales penas.

SANGRIA. ¿Como tú?

RIBERA. Como amo yo;
que, aunque vencido me vea,
lucharé por mi ideal
hasta consumir mis fuerzas.

SANGRIA. ¿Eres valiente?

RIBERA. Lo soy.

SANGRIA. Me enamora tu entereza;
mira, no juzgues que yo
matar tu ilusión pretenda.
¿Tienes ánimos? Avante

con la malhadada empresa.

RIBERA. Avante iré.

SANGRIA. Yo te ayudo.

PIPINO. }
RIBERA. } ¿Eh?

SANGRIA. Si hoy á la moza te encuentras,
avísame al punto, y yo
daré cuenta de la dueña.

RIBERA. (Con viveza) ¡Juradlo!

SANGRIA. ¿Qué es lo que dices?
No se jura en nuestra tierra;
se da la palabra y sobra.

RIBERA. Pues acepto la promesa.

PIPINO. (Mirando por la izquierda.)
Ya empieza á subir la gente
por el pie de la alameda.

RIBERA. (Mirando por el fondo de la izquierda.)
¡Quietos!

SANGRIA }
PIPINO. } ¿Eh?

RIBERA. Por este lado
se detiene una litera...
Y bajan... ¡ah!... no me engaño...
¡Es ella!

SANGRIA. ¿Viene la dueña?

PIPINO. ¡Las dos!

RIBERA. ¡Y aquí se dirigen!...

SANGRIA. Pues, muchachos, ojo alerta;
y lo primero, ocultémonos,
para que vernos no puedan. (Entran en la casa.)

ESCENA V

ANGELINA y MARIETA, por el foro izquierda.

MARIETA. Por un sitio retirado,
la vista fija en el suelo,
subiremos á la ermita;
haréis allí vuestros rezos,
y sin descansar un punto
á casa nos volveremos.

Ya sabéis que vuestro padre
y el señor Conde, que dentro
de pocos días será
vuestro esposo, tienen miedo
de que vuestra mente asalten
mundanales pensamientos,
sobre todo, desde que
supieron que aquel mancebo
os acechaba en la iglesia.

ANG. ¿Y qué mal había en ello?

MARIETA. ¡Ah, mucho! Vos no sabéis
lo que es el mundo protervo,
y el daño que hacen los hombres
astutos y lisonjeros;
hay que estar constantemente
prevenida en contra de ellos;
y cuando hablan de su amor,
estar rezando en silencio
y con fervor, verbigracia:
—«Hija mía...»—*Padre nuestro.*
—«A tu lado me figuro
mi bien...»
—*Que estás en los cielos.*
—«¡Te adoro!»
—*Santificado*
sea el tu nombre.
—«¡Te ofrezco
mi sér, mi vida, mi todo!...»
—Pues *vénganos el tu reino.*
—«Serás mía, aunque se oponga
todo el poder del infierno.»
—*Hágase tu voluntad*
en la tierra y en el cielo.
Y de este modo se espantan
los pensamientos malévolos.
Es el sistema que yo
seguí... y aun estoy siguiendo.
Conque vamos hacia arriba,
que se va pasando el tiempo.

(Van á dirigirse á la derecha, cuando se abre la puerta de la casa de Pipino y aparece Sangría cortándolas el paso.)

ESCENA VI

DICHAS y SANGRÍA; luego RIBERA

SANGRIA. (Con mucho desenfado.)
¡Bendita sea la sal
de ese cuerpo sandunguero,
y esos ojillos de gloria,
y esa boquita de cielo!

MARIETA. (Asustada, y obligando á Angelina á que se vuelva de espaldas.)
Niña, no volváis la cara,
y empezad el *Padre nuestro*.
¡Qué escándalo!

SANGRIA. (A Marieta.) ¡Si es á tí,
mi dueña, á quien yo requiebro!
¡Si es que estoy loco de ver
que al fin, tras de tanto tiempo,
puede mi pecho ensancharse!...
(Transición en Marieta, que se siente halagada, y expresa su satisfacción de una manera muy cómica, sin descender á ridícula.)

MARIETA. (¡Es muy gallardo el mancebo!)
Pero vos... ¿me conocéis?

SANGRIA. ¿Eso dices, y te llevo
grabada en lo más oculto
de mi sér años enteros?

ANG. ¡Marieta! (Con impaciencia.)

MARIETA. ¡Niña, esperad,
que todavía tenemos
tiempo. ¡Qué galante sois! (A Sangría.)
(Marieta ha ido aproximándose á Sangría, que la lleva al extremo derecha del escenario, dejando sola á Angelina, que está asombrada.)

SANGRIA. Mírame...

MARIETA. No sé si debo...
(Marieta baja la vista con cómico rubor. Sangría hace señas á Ribera, que ha aparecido en la puerta de la casa, para que se dirija á Angelina.)

SANGRIA. ¡Si persistes en bajar
así los ojos al suelo,

me obligarás á postrarme,
para poder verme en ellos! (Se arrodilla.)

MARIETA. ¡Ah! Expresáis de tal manera
vuestro amor, puro y sincero,
que difícilmente se halla
de resistiros el medio.
(Ribera se ha acercado á Angelina.)

RIBERA. Escuchadme...

ANG. ¡Cielo santo!...
(¡Es él!... ¿Qué es esto?)

RIBERA. Un momento.

ANG. ¿Qué intentáis?...

RIBERA. Quiero deciros
que os amo.
(Sangría, abrazando á Marieta, se ha interpuesto entre el grupo de Angelina y Ribera, y la dueña, siguiendo todos los movimientos de ésta para que no pueda verlos. No obstante, la dueña consigue verlos.)

MARIETA. ¿Qué es lo que veo?

SANGRIA. ¿Qué has de ver? Pues que el amor
invade todos los pechos,
y que debemos guardar
el onceno mandamiento.

MUSICA

RIBERA. (A Angelina, en el extremo izquierda.)
¡Angel divino!

ANG. (¡Qué situación!)

SANGRIA. (A la dueña, en el extremo derecha.)
¡Dueña querida!...

MARIETA. (Con expresión cómica, pero sin descender á ridícula.)
(¡Ay qué rubor!)

—

RIBERA. Más que á las flores, ama el rocío;
más que las aves, aman al sol;
más que todo eso, dulce bien mío,
más que todo eso, te adoro yo.

ANG. Desde el instante que con la mía
vuestra mirada cruzar miré,
de vago anhelo y honda alegría
sentí en el alma, yo no sé qué.

SANGRIA. (El mozo, por lo visto,
se está explicando más
que yo con esta dueña,
que lleve Satanás.)

—

RIBERA. ¡Sois mi cielo!
ANG. (¡Virgen mía!)
RIBERA. ¡Mi consuelo!
ANG. (¡Qué agonía!)
RIBERA. ¡Enloquezco de ventura
al mirarme junto á vos!
ANG. (¡En el pecho al escucharle
se me salta el corazón!)

—

MARIETA. ¡Embustero!
SANGRIA. ¡Sandunguera!
MARIETA. ¡Lisonjero!
SANGRIA. ¡Retrechera!
MARIETA. Sois el diablo disfrazado;
sois el mismo Barrabás.
SANGRIA. De tizón en el infierno,
deberías tú de estar.

—

RIBERA. Dí si tu pecho amante
siente por mí,
el amor anhelante
que yo por tí.
Díme, mi dulce dueño,
si arrullador,
alguna vez tu sueño
turbó el amor.
ANG. Doquier que me dirijo,
conmigo va,
un pensamiento fijo,
que en mi alma está.
Y en mi triste desvelo,
siento el fulgor,
de un ignorado cielo
de santo amor.

—

MARIETA. ¡Mi dulce dueño!
SANGRIA. ¡Mi dulce bien!

MARIETA. ¡Ay qué pareja
vamos á hacer!
SANGRIA. (¡Mi bruja vieja
de Lucifer!)

—

RIBERA. / ANG.
Libres, bien mío, de inquieto afán,
brille la aurora de nuestro bien;
nuestros deseos se cumplirán,
y la existencia será un edén.

—

MARIETA. Gracias al cielo, que al fin pesqué,
quien á mis gracias rendido está.
Yo le aseguro, pues le atrapé,
que de mis redes no escapará.

—

SANGRIA. Brava conquista me procuré;
de mis alientos pocos habrá;
la vieja verde, la farsa cree,
y hecha un almíbar la bruja está.

ESCENA VII

DICHOS; EL CONDE, por el foro izquierda.

HABLADO

CONDE. (Con mucha afectación.)
¡Oh, deliciosa sorpresa!
ANG. (Retirándose súbitamente de Ribera.)
(¡Gran Dios!)
MARIETA. (Aterrada.) ¡El Conde! ¡Me muero!
¡Qué vergüenza!... ¡sostenedme!
(Cae como desmayada en los brazos de Sangría.)
SANGRIA. (¡Nos lucimos!)
RIBERA. (Con recelo.) (¿Qué será esto?)
SANGRIA. (Sosteniendo á la dueña y dándola aire con el sombrero.)
¡Si se llamará ésta *Olvido,*
para que de este momento
conserve yo, mientras viva,
un perdurable *recuerdo!*

CONDE. (Adelantándose hacia Angelina, con la misma afectación que antes.)
Muy poco de vuestro padre,
que está postrado en el lecho,
os sobrecoge la idea,
y menos, á lo que veo,
la honra que os he dispensado
mis timbres al ofreceros.

ANG. (Con un movimiento que reprime en seguida.)
¡Señor Conde...!

CONDE. Vuestro padre,
sabrá de aqueste suceso,
la historia pronto.

MARIETA. ¡Ay de mí!
¡Más aire, señor Sargento!

CONDE. Recobrad vuestra litera,
y á vuestra casa volvéos
con esa dueña, de oficios
dignos del más alto premio.

MARIETA. ¡Ay!

SANGRIA. ¿Qué te pasa, bien mío?

ANG. (Con altivez.)
Señor Conde, por respetos
que no entendéis, me retiro,
mas no por obedeceros;
esto lo sabéis muy bien.
¡Marieta! (Llamando.)
(Sale Angelina; Marieta se dispone á seguirla.)

MARIETA. Señor Sargento,
me figuro que á la noche
seré libre y podré veros.

SANGRIA. ¿Sí, eh?

MARIETA. ¿Dónde me esperáis?
Decídmelo...

SANGRIA. ¡En el infierno!
(Sale la dueña corriendo detrás de Angelina.)

ESCENA VIII

RIBERA, SANGRÍA y EL CONDE; PIPINO, que ha aparecido en la puerta.

CONDE. (A Ribera.)
Sois muy joven, y os disculpo;
es favor que puedo haceros;
mas juzgo de mí advertiros,
que si á ella, en vuestros sueños
llegar osásteis, es bien
que abandonéis vuestro empeño,
pues en perentorio plazo
ingresará en un convento.
Mucho erguísteis la cabeza
á juzgar por vuestro aspecto,
más sois joven, y os disculpo:
es favor que puedo haceros. (Vase.)

ESCENA IX

DICHOS menos EL CONDE

(Ribera, durante todo lo anterior, ha estado sin darse cuenta de lo que ocurría. Al marcharse el Conde hace un movimiento como volviendo en sí.)

RIBERA. ¡Vive Cristo!
PIPINO. ¡Buen sermón!
RIBERA. ¡Me ha humillado!
PIPINO. ¡Ya lo veo!
SANGRIA. No importa. ¿Sabes ya, quién
es ella, y dónde podemos
verla?...
RIBERA. No.
SANGRIA. ¿Qué dices?
RIBERA. Nada,
decidme que soy un necio,
tenéis razón; la hablé sólo
de mi amor, sin hacer mérito
de lo que más me podía
importar, y ahora la veo

más para mi afán perdida.
¡Más imposible!

SANGRIA. ¿Y para eso
cargué con la dueña aquella
á quien confunda el infierno?
Rapaz, no eres de mi tierra.

RIBERA. (Pensativo y como hablando consigo mismo.)
¡Ah!... ¡Que á juzgar por mi aspecto
erguí mucho la cabeza!...
Que en mi humildad no merezco
honra tan alta...
(Con arranque.) Pipino,
dame pinceles y lienzos;
yo haré que estalle la fiebre
que está en mi cerebro ardiendo,
y aunque en la más honda sima
la oculten, y aunque el misterio
más insondable la cerque,
el resplandor de mi genio
me iluminará el camino
que me lleve á ella derecho.

SANGRIA. ¡Bravo!

RIBERA. ¡Vamos!

PIPINO. (Señalando al foro por donde empiezan á aparecer Mozos y Mozas. Empieza la orquesta.)
Ya la gente
comienza á alegrarse.

RIBERA. Adentro,
y esta misma tarde á Nápoles,
y que me proteja el cielo.
(Entran en la casa. Atraviesan la escena de izquierda á derecha una porción de parejas con ramos de flores.)

CORO

Ea { muchachos,
muchachas,
vamos allá;
la romería
va á comenzar.
Cada cual con su { novio
novia

suba á la ermita,
y á la santa Madona
gracia le pida.
Y después á la playa
sin dilación,
que hoy es día de fiesta.
¡Viva el amor!

(Fin del cuadro primero. Preludio en la orquesta para dar tiempo á la mutación.)

CUADRO SEGUNDO

Salón lleno de cuadros y caballetes. A la izquierda, un caballete con lienzo en blanco. Puerta al foro y laterales.

ESCENA X

EL CONDE y PIETRO, por la derecha.

CONDE. ¿Insistís en vuestro empeño?
PIETRO. No me queda otro camino,
señor Conde, bien patente,
por desgracia, lo habéis visto.
No sirven las reflexiones;
su pensamiento, está fijo
en ese amor insensato,
y antes que darlo al olvido,
juzga mejor de un convento
el apacible retiro.
CONDE. ¿Y vos?
PIETRO. Yo... yo soy el padre
más infeliz que se ha visto;
confié, al prestar mi apoyo
á vuestros nobles designios,
en que Angelina, al trataros,
os tomaría el cariño
que deben tenerse dos
que van á vivir unidos;
y ya sabéis, señor Conde,
cómo, aunque cueste el decirlo,
se ha tornado en ilusión
este pensamiento mío.
CONDE. ¿De manera que accedéis

á los caprichos ridículos
de vuestra hija?

PIETRO. Lejos de ello,
señor Conde, me imagino
que la castigo severo;
á su dilema me ciño:
y pues dice que á casarse
con vos, prefiere el retiro
de un convento, á Carmelitas
la llevo mañana mismo.
Esto es todo.

CONDE. No os mostráis
muy generoso conmigo.
Me olvidé, al fijarme en ella,
de mis blasones y títulos,
(Movimiento en Pietro.)
y hasta la necia aventura
de que fuí casual testigo
en la romería aquella,
hubiera dado al olvido
de buen grado; desdeñáis
mi pretensión, y no insisto.
Mas al separarnos, juzgo
de mi deber advertiros,
que los intereses vuestros
doy de igual modo al olvido.

PIETRO. No sé... (Sin entender bien.)

CONDE. Vuestra galería,
con sus cuadros, han provisto
los pintores de más fama,
gracias á mi decisivo
apoyo.

PIETRO. Nunca he negado
favor tan inmerecido.

CONDE. (Sacando un papel.)
Pues leed: en este papel
me autorizan esos ínclitos
pintores, á retirar
sus cuadros de aquí.

PIETRO. (Confundido.) (¡Dios mío!)

CONDE. ¿Qué es lo que ahora decís?

PIETRO. (Con amargura.)

Que esa acción, que por lo visto
teníais ya preparada
con un cuidado exquisito,
Conde, os abona bien poco,
pero que á ella me resigno.
¡Mi galería tendré
que cerrar acaso hoy mismo,
y me faltarán los medios
de existencia más precisos;
pero todo lo prefiero,
y con todo ello transijo,
primero que hacer de mi hija
premio de vuestros servicios!

CONDE. Os pongo de plazo un día;
pensadlo bien.

PIETRO. No es preciso.
Desde este instante podéis
comenzar el escrutinio
de esos cuadros, y llevároslos.

CONDE. Como gustéis.

PIETRO. Os suplico
un favor: y es que Angelina
no sepa nunca el motivo
de por qué á cerrar mi casa
voy á verme reducido,
y de por qué la pobreza
va á invadir pronto este asilo;
vamos, y que Dios os premie
lo que habéis hecho conmigo.
(Vanse por la izquierda.)

ESCENA XI

RIBERA, SANGRÍA y PIPINO, por el foro. Ribera entra con unos lienzos debajo del brazo, y en su aspecto se advierte desaliento y cansancio.

SANGRIA. Llegamos por fin.

PIPINO. Llegamos.

RIBERA. ¡La última prueba!

SANGRIA. ¿Qué miro?
¿Tienes miedo?

RIBERA. Miedo, no,
buen Sargento; pero han sido
tantos ya los desengaños,
que de todo desconfío.

SANGRIA. ¡Voto á Cribas! La verdad
es que cuantos hemos visto,
deben entender de cuadros
lo mismo que yo de obispos.
Ganas me dieron ayer,
cuando aquel viejo maldito
nos recibió de aquel modo,
de romperle hasta el bautismo.

PIPINO. Además, como te ven
que pareces casi un niño...

RIBERA. ¿Y desde cuándo á la edad
el genio se ha sometido?
Es el calvario del arte,
ya lo estáis viendo, desvíos
por todas partes, y envidias,
y emboscadas, y egoísmos.
Y luego, si alguna vez
se impone el genio, á su brillo,
adulaciones, y ofertas,
y halagos, y servilismos.

SANGRIA. Pues cuando llegue ese día,
rapaz, estacazo limpio.
En fin, ya poco nos falta
para darnos por convictos
y confesos. Este es el
almacén que en un principio
no quisiste visitar,
yo no sé por qué motivos;
y si he de decir verdad,
encuentro esto tan distinto
de otras partes, que no sé
por qué razones, confío.

RIBERA. No quise venir aquí,
porque, según lo que oimos,
á esta galería mandan
sus cuadros los más conspícuos
pintores de toda Italia,
y temía, como sigo

temiendo, que de irrisión
y burla sea motivo
el que mezclarse con ellos
pretenda un desconocido.

SANGRIA. ¡Voto á cincuenta! ¡Reniego
de verte tan abatido!

RIBERA. No lo niego; mi entusiasmo
se apaga ya al soplo frío
de la fría realidad.
Si aquí tampoco consigo
dar cima á mis esperanzas,
como estoy temiendo, hoy mismo
de España el camino emprendo,
mendigando si es preciso;
y si en esperanzas pobre,
en desencantos muy rico.

SANGRIA. ¿Tú dejarnos? Ni por pienso.

PIPINO. ¿Y tu amor?

RIBERA. Aunque perdido,
vivirá inmortal en mí,
si es inmortal el espíritu.

PIPINO. (Mirando por la izquierda.)
¡Chitón, que aquí vienen!

SANGRIA. (A Ribera.) ¡Animo,
y no temblar lo más mínimo!

ESCENA XII

DICHOS; EL CONDE y PIETRO, por la izquierda. Ribera, Sangría y Pipino quedan sorprendidos al reconocer al Conde, y éste lo mismo al reconocerlos á ellos.

PIETRO. ¡Señores!...

RIBERA. (Por el Conde.) (¿Qué es lo que veo?
¿Este hombre aquí?)

CONDE. (Por Ribera y Sangría.) (¡Son los dos
del lance aquel!)

SANGRIA. (¡Vive Dios!
¡Se pone el asunto feo!)

PIETRO. ¿Qué deseábais?...

SANGRIA. (A Ribera, por lo bajo.)
(¡Adelante!)

PIPINO. (Idem.) (¡No vacilcs!)
PIETRO. Sin temor
podéis exponer...
RIBERA. (Indeciso.) ¡Señor!...
(Con decisión.)
(¡Voy allá!) Oid un instante.
Soñando con la pintura,
lleno de entusiasmo y fe,
casa y patria abandoné,
en pos de gloria y ventura.
De mi fiebre en la locura,
con mi cuerpo en Roma dí;
de lo que en Roma sufrí,
siempre en batalla violenta
con la adversidad, la cuenta
señor, há tiempo perdí.
Roma al fin abandoné,
y de Diciembre una tarde,
maltrecho, hambriento y cobarde,
en Nápoles penetré.
Negra aquí mi estrella fué;
tanto que, para acabar,
arrojéme un día al mar,
de calma y sosiego en pos;
(Movimiento en Pietro.)
éste me salvó, (Por Pipino.)
que Dios
se lo llegue á perdonar.
Al lado suyo he vivido;
en su hogar me he cobijado;
con su pan me he alimentado;
bajo su techo he dormido.
Hace días que, impelido
por una esperanza incierta,
yendo voy de puerta en puerta
con insistencia prolija,
y ni nadie en mí se fija,
ni nadie á entenderme acierta.
Así llego á vos, señor;
en esta batalla ruda,
mi mente invade la duda,
y mi espíritu el temor.

Joven soy; más el error
de los demás desechad,
y no me exijáis edad
para aspirar á la gloria.
Y ahora que sabéis mi historia
señor, mis obras mirad.
(Va á desenvolver los lienzos. Pietro le detiene. Sorpresa en Ribera, Sangría y Pipino.)

PIETRO. ¡Tenéos!

RIBERA. SANGRIA PIPINO. ¿Eh?

PIETRO. Por quien soy,
mucho me duele, á fe mía;
pero ya esta galería
queda cerrada desde hoy.

RIBERA. (Con desaliento.) ¡Ah!

SANGRIA. (Contrariado.) ¡Voto á cien!

PIETRO. Si es que borro
así vuestras ilusiones,
por ello os pido perdones.

CONDE. (Con desdén.) Yo le mandaré un socorro.
Ídos. (A Ribera.)

RIBERA. ¿Qué?

SANGRIA. ¡Por Cristo vivo!

RIBERA. Podrá quien quiera negarme
su apoyo, pero humillarme,
¡vive Dios! se lo prohibo.
Además, entre los dos,
ya bien sabéis, á fe mia,
que de cualquiera podría
mendigar, menos de vos.

CONDE. (Con altanería.) ¡Joven!

RIBERA. Y por si crëeis
que estos lienzos fueron lazos
para intentarlo, á pedazos
los desgarro como veis.
(Hace pedazos los lienzos y los arroja al suelo. Sorpresa en Pietro y el Conde.)

SANGRIA. (Dando un abrazo á Ribera.)
¡Bien!

PIETRO. ¿Qué habéis hecho?

RIBERA. ¡Adelante!
Esto acabó. Vámonos.
(A Sangría y á Pipino, disponiéndose á irse.)

SANGRIA. (Por el Conde.)
¡La ha de pagar, vive Dios!

PIETRO. Joven, tened un instante. (Se detienen.)
Vuestra altivez me interesa,
y pues habéis destruído
vuestras pinturas, os pido
una prueba en vuestra empresa.
¿Accedéis al cabo?

RIBERA. Sí.
Más entended que si accedo,
sólo es porque tengo miedo
de que alguien dude de mí.

SANGRIA. (A Ribera.) No temas ningún fracaso.

PIETRO. Pintad algo; aquí tenéis
un lienzo, y cuanto podéis
necesitar para el caso.
(Le señala el lienzo en blanco, y le presenta una paleta y pinceles.)
Todos ansiosos están
de admirar vuestra destreza.

RIBERA. (Con resolución.) Bien, ¿qué pinto?

PIETRO. Una cabeza.

RIBERA. (Cogiendo la paleta y pinceles.)
¡La de un ángel!

SANGRIA. ¡Ya verán!
(Ribera se sienta delante del caballete y empieza á pintar. El Conde va llamando al Coro como indica la música, con ademán de burla.)
(El autor recomienda al Director de escena que cuide mucho la salida del Coro y su movimiento, con arreglo á lo que dice la letra del número que sigue.)

ESCENA XIII

DICHOS y CABALLEROS

MÚSICA

CONDE. ¡Chist... venid!
¡Chist... llegad!
CABS. ¿Qué nos queréis?
CONDE. ¡Chist... escuchad!

—

Un rival de Miguel Angel...
CABS. ¿Dónde está?
CONDE. Vedle allí, pintando se halla.
CABS. ¡Já, já, já! (Riendo.)
SANGRIA. (Observando al Conde y á los Caballeros.)
Me parece que se burlan,
¡voto á San!...
Y de todos ni la sombra
va á quedar.

—

CORO. ¡Chist... oid!...
¡Chist... callad!...
¿Qué es lo que dice?
¡Chist... escuchad!

—

RIBERA. (Pintando y cantando, muy abstraído.)
Su imágen flota
sobre mi frente
como una dulce
brisa de Abril;
y sin pensarlo,
mi mano ardiente
traza la línea
de su perfil.
(Se levanta y presenta el cuadro. Todos quedan asombrados.)
PIETRO. ¡Ah! ¿qué miro? ¿no es un sueño?...
CORO. ¡Extraña casualidad!
CONDE. ¡De Angelina es el retrato!
SANGRIA / PIPINO. ¡Ya á pintado á su ideal!

—

CORO. Magnífica pintura,
sublime creación,
dudar de vuestro genio
sería un gran error.

PIETRO. Mi casa y cuanto tengo
es vuestro ya desde hoy,
pero esto os lo concedo
con una condición.

TODOS. ¡Con una condición!

PIETRO. Tengo una hija,
pura, hechicera,
como una rosa
de primavera.
Y yo, que siempre anhelo
su bien mayor,
al par que cuanto tengo
su mano os doy.

RIBERA. ¡Nunca!

TODOS. ¿Qué dice?

RIBERA. No puedo, por Dios.
Adoro ciego
á una mujer;
la ví en un templo,
no sé quién es.
Con ella mi alma
soñando está,
y á nadie nunca
podré ya amar.

(Pietro, que se ha retirado á la puerta de la derecha, segundo término, aparece con Angelina.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y ANGELINA

PIETRO. (A Ribera.) ¡Miradla!

RIBERA. ¡Cielos!

ANG. ¡Ah!

—

RIBERA. y ANGELINA (Uno á otro.)
Si es esto sólo un sueño,

si es sólo una ilusión,
que nunca nos despierte,
por mí pídele á Dios.

—

CONDE. Quería separarlos,
y á unirlos vengo yo;
la prueba de mi acierto
no puede ser mayor.

—

PIETRO. Los dos eran esclavos
de un inocente amor,
y Dios, que los protege,
sus súplicas oyó.

—

SANGRIA / PIPINO. Al fin ve realizados
sus sueños y su amor.
¡Pardiez, que ser no puede
mejor la conclusión!

—

CORO. Según lo que parece,
se amaban ya los dos;
bienhaya la fortuna
del célebre pintor.

HABLADO

PIETRO. (Juntando las manos de Angelina y Ribera.)
Fuera un crimen separaros,
que bien os ha unido el cielo.
Señor Conde, lo deploro,
mas ya mi casa no cierro;
como podéis presumir,
que con él sobrado tengo. (Por Ribera.)

SANGRIA. ¡Voto á cien! ¡Venga un abrazo!
(Abraza á Ribera.)
¡Y otro á vos, valiente viejo!
(Abraza á Pietro.)

PIETRO. (A Ribera.) ¿Os llamáis...?

RIBERA. José Ribera.

PIETRO. ¿Sois...?

SANGRIA. (Con voz fuerte.) Español.

PIETRO. Pues yo quiero
daros un nombre de gloria
y confirmaros de nuevo;
por lo tanto, os llamaréis
desde hoy, EL ESPAÑOLETO. (Telón.)

FIN

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.